



Fotografía: Alejandro Arteaga

Conjurar la sed: los Inventarios de José Emilio Pacheco

Jorge Mendoza Romero

JOSÉ EMILIO PACHECO FUE UN POETA acosado por el rigor, con el mismo deseo de alcanzar la obra perfecta al que debemos, según Octavio Paz, la obra escasa y brillante de los Contemporáneos. Sin embargo, a diferencia de José Gorostiza o Xavier Villaurrutia, Pacheco renunció deliberadamente a la arquitectura de un proyecto lírico magno a la manera de *Muerte sin fin*. Asumió el acontecimiento en vez de la acción y el poema se transformó en un diario en vez de un plano de la conciencia. Digo *conciencia* porque en la definitoria relación con el día y la noche, señalada por Beguin, Pacheco mantuvo los sentidos en una vigilia permanente donde se tomaba registro de la destrucción del mundo y de la victoria de la naturaleza.

Asumir el acontecimiento situó a su poesía en lo que el mismo Pacheco denominó realismo coloquial, un registro directo del lenguaje y una construcción sin ambigüedades de la imagen poética. Deseo de claridad, adhesión al aticismo. Convertir al poema en una crónica de “los días que no se nombran” se acompañó con la decisión de profesionalizarse en cuanto escritor en un México donde el único camino para lograrlo conducía a las redacciones de las revistas o a los suplementos culturales. Lectura, escritura y reescritura sirvieron al mismo fin. Con Pacheco es posible que en México la reescritura haya alcanzado su episodio más obsesivo.

Si aparentemente su obra poética se desembarazó del principio de analogía, los relatos, las novelas, las crónicas y muchos poemas nunca abandonaron el sustento de buena parte de la literatura de todos los tiempos y que muchas vanguardias ensalzaron como la única puerta hacia lo poético. En Pacheco, más que procedimiento verbal, la metáfora es un órgano digestivo, único medio para no sucumbir ante la enorme ingesta de libros, al igual que en todos los polígrafos, eruditos o sabios. “Metáfora interna” la llamó Alfonso Reyes, cuando celebró la manera en que música, teología, matemáticas y poesía se complementaban en Sor Juana. Refiere Huberto Batis que José Emilio

Pacheco proveía de reseñas, artículos, ensayos, poemas o traducciones a cuanta revista literaria se publicaba en el país durante la década de los sesenta. Y en un Inventario sobre la muerte de Joaquín Díez-Canedo, el legendario editor de Joaquín Mortiz, el propio Pacheco hace el cómputo del número de solapas que escribió para la Serie del volador. Desconocemos a lo largo de cuántos años emprendió este anónimo trabajo, pero las más de doscientas solapas, a razón de un libro por semana, se traducen en cuatro años de lectura de buena parte de las obras de ficción de la literatura del México del último tercio del siglo xx.

La seducción de innumerables Inventarios, ensayos, relatos, crónicas o poemas se origina de su fuerza combinatoria. Y en esta orquestación destaca aún otro rasgo: Pacheco sabía trazar el ángulo donde asomaba la “conexión mexicana”, el punto de encuentro de un hecho universal con la participación nacional. Fue su modo de contemporizar a México con el mundo, praxis que lo ligó con la generación liberal, la del Ateneo, la de Contemporáneos. No fue obstáculo para que señalara algunos de nuestros defectos: nuestro nacionalismo ultramontano y nuestro colonialismo cultural. Defendió que cualquier mexicano se sirviera —se apropiara— de cuanto necesitase para alimentar su obra, sin que esto fuera asumido como una traición a las supuestas esencias telúricas del país. La cumbre de esta poética es la novela *Morirás lejos*, la conexión mexicana con el aniquilamiento del pueblo judío.

Una manera de hacer explícita la metáfora interna se debió a los diálogos imaginarios que encabezaba bajo el nombre de “Junta de sombras”, que emula el título que Alfonso Reyes tomó del pasaje de la *Odisea* donde Ulises ofrece una libación a los muertos con el objeto de convocarlos. Los diálogos imaginarios se ramificaron en distopías o mundos paralelos donde, por ejemplo, López Velarde no moría para inmortalizarse ni para convertirse en el poeta manoseado por los aniversarios oficiales. Y otro más donde Alberti, en vez de Lorca, moría en 1936 modificando la historia literaria de Hispanoamérica.

Producto de una época donde la televisión aún no existía —recuérdense las primeras líneas de *Las batallas en el desierto*—, ¿será posible la existencia de un intelectual de estas características en un tiempo donde la atención se pulveriza entre la multitud de pantallas brillantes y el ingenio se expresa en mensajes de ciento cuarenta caracteres? Si el estilo ensayístico de Borges se desarrolló en el breve compás de sólo de tres cuartillas, los Inventarios se extendieron y limitaron a cinco. Síntesis y erudición, y sobre todo, la defensa de la idea de servicio cultural, una bandera de la generación de Altamirano: es posible transformar a la sociedad desde las páginas de los periódicos. Libres de paternalismo y de pedantería, los Inventarios son la respuesta a la consideración moral que Agustín de Hipona señaló en el libro dedicado al tiempo en sus *Confesiones*: más que la capacidad de beber, lo que distingue a la condición humana es la sed. José Emilio Pacheco, como todos, conoció la sed, pero como pocos, desarrolló una gran capacidad para beber el pasado espiritual de las literaturas que frecuentó. Y si esto no fuera suficiente, tuvo la generosidad de compartirlo en su columna semanal por casi cuarenta años. ■■